

El triunfo de Dafne

Ana Grandal

¡Un, dos! ¡Un, dos! Ojalá mis piernas pudiesen correr al mismo ritmo que late mi corazón aterrado. Raudas, urgentes, como las aguas de mi padre Peneo, que bajan por su cauce puliendo las piedras del lecho y arañando las orillas con su ímpetu. Mi perseguidor no cesa, oigo el ramaje agitándose a su paso, su odiosa voz llamándome:

—¿Dónde estás, bella ninfa? ¡Ven a mí, libera el dolor de la flecha dorada de Eros clavada en mi pecho!

Yo solo siento plomo, en la boca, en las entrañas, en mis dedos que no soportarían tocarle. ¿Por qué se habrá encaprichado precisamente de mí? ¿Cuál es la obsesión que horada su entendimiento? ¿Qué brújula enloquecida ha decidido que sea yo su norte y su destino?

—¡Mírame, Dafne, soy Apolo, hijo de Zeus! ¡Con mi lira tocaré la música más sublime para ti, en tus oídos verteré poemas tan dulces como la miel del Parnaso!

«No te quiero, Apolo, déjame», desearía gritarle, pero temo delatarme y que el dios trace una línea hasta el origen de mi ruego. Fue su instinto de cazador el que le llevó hacia mí. Detrás de la pista de un ciervo, su figura emergió en el claro donde me encontraba ociosa peinando mis cabellos. De inmediato, sus ojos depredadores se enfocaron en un nuevo objetivo. Entonces, lo supe. Nada le detendría, tomaría lo que su ansia le dictase, no habría apelación posible que calmara la avidez de su ardor ni el hambre de sus manos ansiosas. Un asco profundo se apoderó de mi garganta y hui entre la espesura. En menos de un segundo, él se lanzó tras de mí.

Noto que empieza a faltarme el aliento, pronto me abandonarán las fuerzas. Este bosque que ha sido mi hogar feliz se alza como un muro vegetal que entorpece mi avance, contra el que debo luchar para franquearlo. A mi espalda, Apolo acorta distancias. Sus resoplidos de fiera excitada resuenan cada vez más cerca. Mi carrera ha llegado a su fin, ya no tengo escapatoria.

La desesperación galopa como veneno por mis venas y aúllo sin pudor:

—¡Peneo, padre río, ayúdame! ¡No permitas que este demonio profane mi carne con sus sucias garras ni que quiebre mi talle aplastándome contra el suelo!

Apolo aparece frente a mí justo cuando empieza la metamorfosis, desencadenada por el poder compasivo de mi padre. Mis pies se hunden en la tierra, extendiéndose como raíces. Las piernas van afianzándose con la robustez de un tronco. Nada de esto percibe aún su mirada enajenada. Abro los brazos y él se precipita hacia ellos.

Cierro el cepo en torno a su torso. Ahora son ramas las que le aprisionan, manos convertidas en manojos de astillas afiladas que hundo en sus ojos, en su vientre y en su sexo. Mi frondosa cabellera es una maraña de hojas que sacudo lacerando su rostro. Atrapado y herido dentro de mi jaula de madera, Apolo se debate sin posibilidad de evasión. Mi forma de laurel engulle al dios tirano, al que impone la voracidad de su apetito, al que somete con la exigencia de su voluntad.

De la sangre de Apolo destilo este aroma que me impregna, hasta dejarle seco, como un cascarón vacío, debajo de mi corteza. En qué hermoso y digno árbol me he transformado. Decido que ofreceré gustosa mis vástagos para que los victoriosos trencen coronas laureadas que ciñan su frente. De este modo, el triunfo de Dafne también será recordado.